

Sarah Hall

La frontera del lobo

Traducción de
Catalina Martínez Muñoz

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Wolf Border*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuares.com

Imagen: © Jim Cumming / Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Sarah Hall, 2015

© de la traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2016

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-177-0

Depósito legal: M. 12.284-2018

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

A Fiona

Susiraja (finés): literalmente, «frontera del lobo». El límite que separa la capital de la región del resto del país. El nombre sugiere que, al otro lado de la frontera, todo es naturaleza virgen.

El país natal

Rara vez sueña con ellos. De día son esquivos, se esconden entre la maleza de la reserva y se alejan del cubil. Son veloces, pero también holgazanes: van de un lado a otro camuflados por el pelaje, de los mismos colores que su territorio, y duermen debajo de un tronco, invisibles en ambos casos. Han perfeccionado sus técnicas de desaparición. De noche, regresan. Las cámaras captan los ojos rojos, los hocicos oscuros, a su regreso de alguna cacería. Otras veces se oyen sus aullidos cerca de la alambrada, componiendo un largo armónico. Uno lleva la voz cantante, los demás se suman. De noche no hay necesidad de imaginar, no hay necesidad de soñar. Su reino escapa a nuestras mentes.

Ha caído en Chief Joseph la primera nevada, prematura. Los pinos se pliegan, tolerantes; los ríos se han vuelto blancos. En las cabañas del bosque, las tuberías y las provisiones de carne de venado empiezan a congelarse. Los ranchos de los millonarios están vacíos: los termostatos programados, las verjas cerradas. Las carreteras siguen abiertas, pero hay pocos visitantes. Hace tiempo que terminaron los *powwows* del verano, los encuentros rituales de las tribus nativas. Solamente los casinos hacen negocio con los turistas, celebran fiestas exclusivamente para hombres y para viejas adictas al juego, mientras se reparan las luces de neón. La manada no tardará en marcharse también, al norte, tras los pasos del caribú,

y el centro cerrará todo el invierno. Rachel cogerá un avión para volver a casa, a Inglaterra. Su primera visita en seis años. La última terminó mal, con una discusión, una trifulca familiar. Ha recibido una oferta para satisfacer los caprichos de un hombre rico, dueño de casi una quinta parte del condado. Y su madre se está muriendo. Ninguna de estas dos obligaciones es urgente: los dos jugadores esperarán, con distinto grado de paciencia. Mientras tanto, nieva. Los lobos de Chief Joseph olfatean las huellas de pezuñas, hacen incursiones desde sus cubiles. Los lobeznos han crecido, están preparados para emprender el viaje en cualquier momento. Los consejos tribales se reúnen en Lapwai para hablar de subvenciones, del mantenimiento de las carreteras, de las cuotas de caza del gobernador y de la protección de la manada. El cometa Hernández se divisa en el cielo a levante, bajo y tenue, sobre los barracones.

La noche antes de salir de Idaho, Rachel sueña con ellos, y con Binny. Binny está sentada en un banco de madera del antiguo parque natural, en la entrada de las casetas de las aves: lleva un abrigo de cuero largo y está fumando tabaco de liar. Tiene el pelo corto, oscuro, cubierto por un sombrero verde. Es el cumpleaños de Rachel. Su deseo de cumpleaños es pasar el día en Setterah Keep, una decrepita reserva victoriana para animales salvajes en el valle del Lowther. Han hecho la ronda por la zona de los jabalíes, de las nutrias, de los pavos reales, de las lechuzas y búhos. A Binny le gusta el búho real. Le gustan sus orejas sesgadas, los túneles anaranjados e inmóviles de sus ojos. Está sentada tranquilamente, fumando y observando al búho, que sacude las alas recoradas y se arregla las plumas con el pico. Binny es flaca y de pechos grandes: un cuerpo que está mejor sin ropa,

un cuerpo creado para destruir a los hombres. Todavía no está embarazada del hermano de Rachel. Lleva unos pantalones de nailon verdes que desprenden electricidad estática cuando Rachel los roza al apoyarse. La lechuza pequeña, fornida, encorvada, merodea por el corral en busca de comida y se zampa un ratón entero, hasta la cola. Rachel odia las lechuzas. Son como brochas gordas: una forma absurda. Giran la cabeza con un movimiento barrido y tienen un pico fuerte y maniático. Cuando entra en el refugio y ve a la lechuza blanca lunar, la oscuridad le acribilla la cabeza. El cobertizo de las aves apesta a barro, a plumas y a moho. Sale al aire libre, se sienta en el banco con Binny y remueve la tierra con las puntas de los pies. *¿Te aburres, hija?*, dice Binny. *Querías venir. Vuelve a ver a las nutrias. Puedes tomar un helado.* A Binny le gusta la libertad. Le gusta el hombre del quiosco de golosinas. Le hace reír cuando le pregunta si son hermanas. Binny lo mira a los ojos. *Ve, hija*, dice, mientras enciende otro cigarrillo. *Sé valiente.*

Rachel se acerca al estanque de las nutrias, desenvuelve el helado de chocolate con menta y chupetea la bola grumosa. El estanque tiene un foso cubierto de moho que se desplaza como un río. Las nutrias reman tumbadas de espaldas y comen cabezas de pescado. Su pelaje se ciñe al agua. Parlotean unas con otras. El cucurucho del helado es de malta. Rachel entra en la cabaña de los reptiles, donde hay insectos brillantes pegados a las urnas de cristal. Las serpientes se deslizan más despacio que la eternidad.

Binny sigue hablando con el hombre del quiosco, apoyada en el mostrador. Rachel puede ir adonde quiera: se conoce todos los caminos de los alrededores del pueblo, las sendas, las pistas que atraviesan los páramos. Pasa por delante de la jaula de los loros, que se gritan los

unos a los otros, por delante de la tienda de regalos y de los aseos, por encima de un puente que cruza un arroyo, y llega a una cancela de madera tratada con creosota en la que hay un cartel con letras rojas. No puede leerlo, porque todavía no va al colegio. Cruza la puerta y se adentra en el bosque. Los árboles también huelen a menta. Senderos que atraviesan el bosque, señalados con flechas, pasillos de sombra a ambos lados. *Sé valiente*. Hay mucho silencio. Las agujas marrones de los pinos forman un reguero entre los troncos, y los pasos de Rachel resuenan como diminutos crujidos de seda. Un desvío a la derecha. Un desvío a la izquierda. Se interna en la oscuridad impregnada de verdor. En la punta del cucurucho hay un trocito de chocolate. Ahora que se ha alejado, Rachel es más consciente de dónde está.

Aquí. Continúa subiendo entre los árboles a lo largo de una alambrada alta y solemne. El alambre es grueso y resistente, trenzado en forma de rombos. En la alambrada hay otro cartel. Quizá haya llegado al final del parque. ¿Qué hay al otro lado? ¿*Hola*? Se estira y se agarra al alambre. Apoya las puntas de los zapatos entre los huecos y se levanta del suelo. Al otro lado hay matorrales y tierra erosionada. Un montón de color sonrosado, con restos de pelo arrancado y cubierto de moscas. Se apoya en la alambrada, flexiona las rodillas, se balancea y sacude el metal como un sonajero. Vacío al otro lado. Hojas revoloteando. ¿*Hola*?

Lo ve acercarse entre los matojos, como si lo llamaran. Viene hacia ella sin clemencia, levantando las zarpas, deprisa, aunque sin correr. Una palabra que Rachel no tardará en aprender: *trote*. Es un ejemplar perfecto: las patas largas, el pecho plano, vestido para el frío con varias capas de pelaje gris. Se acerca a la alambrada y la mira a los ojos, con una mirada de un color amarillo

puro. El hocico largo, la cola negra retorcida, la melena corta. Un perro anterior a la invención de los perros. El dios de todos los perros. Es una criatura tan hermosa que Rachel a duras penas lo comprende. Pero él la reconoce. Lleva dos millones de años viendo y olfateando animales como ella. Sigue mirándola. Los ojos amarillos con un cerco negro. Sus pensamientos inencontrables. Rachel se sujeta a la alambrada, pero la alambrada casi ha desaparecido. Está colgada en el aire, suspendida como una delicada ofrenda. El lobo se abalanzará sobre ella en cualquier momento.

Mientras tiene este sueño, Rachel ha dejado de respirar. La nieve cae en el tejado de la cabaña, entre kilómetros de oscuridad. El ordenador de la oficina parpadea despacio, almacenando datos y correos electrónicos. Se ha abierto la veda del alce. No queda nadie en el cubil de Chief Joseph y la manada avanza en fila india por la región de Bitterroot: nómadas del invierno. Ha guardado en el bolsillo de la cazadora su pasaporte británico, y su madre, que ya no es fuerte ni capaz, se está muriendo muy lejos de allí. *Vamos, hija*. En el sueño, el lobo la observa. Los ojos amarillos y vacíos. Un chamán de la reserva pidió a Rachel en cierta ocasión que le describiera la sensación de comunión que tuvo al ver a un lobo por primera vez. ¿Qué sintió su corazón? Esperaba recibir dinero a cambio: Rachel estaba recién llegada y tal vez le daría una bolsa de piel, un amuleto de cuero, un colmillo. *Yo no creo en lo que tú crees*, dijo ella.

¿Qué se siente? Un temor preerótico. El corazón le da un vuelco en el pecho, huele a sangre. Se suelta de la alambrada y baja al suelo. El lobo agacha la cabeza: vuelve a mirarla con unos ojos duros como el oro, sin piedad. Entonces abre la poderosa mandíbula y enseña una cordillera de riscos blancos, relucientes y afilados, los labios ne-

gros y replegados. Una lengua larga como una bobina. Se enciende en el cerebro de Rachel una señal de alerta evolutiva. Qué significa esa boca. Retrocede, da media vuelta y avanza despacio a lo largo de la alambrada, apretando los puños. El lobo cruza las patas delanteras, se vuelve y la sigue en paralelo al otro lado de la cerca. Un mancha alargada y gris, la cabeza vuelta hacia la niña, vigilando con un ojo. La niña se para y el lobo se para. Rachel da la vuelta despacio y sigue andando en dirección contraria. El lobo cruza las patas, se vuelve y la sigue. Un eco, un espejo. La niña se detiene. *¿Qué haces?* El lobo levanta las orejas, las dobla hacia delante. Rachel echa a correr a lo largo de la alambrada por el suelo resbaladizo, cubierto de ramas y agujas de pino. Va muy deprisa. Pero el lobo sigue corriendo a su lado con la misma exactitud, cambiando de dirección a la vez que ella, casi antes que ella, en sentido inverso. Da la vuelta cuando ella da la vuelta, corre cuando ella corre. Rachel sigue corriendo con todas sus fuerzas por los bosques de Setterah, al lado de la alambrada, y el lobo corre con ella. Entre los árboles. Hasta la esquina de la cerca, donde Rachel se para, jadeando, y el lobo se para y la observa. *¿Qué haces?*, pregunta Rachel.

Pero ya lo sabe. Las capas del sueño empiezan a retirarse. La alarma de la radio parpadea y en la emisora, KIYE, suena una canción de rock de los ochenta. Tiene un hombro frío, fuera de las mantas. El cerebro empieza a ponerse en marcha. Esta criatura de las tinieblas exteriores que ha logrado extenderse por amplias zonas del planeta, mítica y aterradora, cazada con las armas de todas las épocas, con hachas de piedra, lanzas, cepos de acero y fusiles semiautomáticos, estaba jugando.

Las cinco de la mañana en la montaña. Kyle la llevará al aeródromo antes de que amanezca y desde allí irán en

avioneta hasta Spokane. Envuelta entre las mantas, oye el ruido suave de la nieve que se desprende del tejado y las ramas. La reserva victoriana de Setterah: un mundo perdido. Le encantaba pasar allí sus cumpleaños cuando era pequeña. Hasta que, en 1981, una ley obligó a cerrar muchos de estos parques. Incluso un siglo antes, ya debían saber que aquellos recintos eran demasiado pequeños, como corrales, espacios que llevaban a la locura. Después de ducharse y tomar un café, cuando ya está despierta, llama a Binny por teléfono y le recuerda a qué hora llegará. *Sí, el jueves. Sí, a la hora de cenar, si no hay mucho tráfico.* Luego, curiosamente, le cuenta a su madre lo que ha soñado. *No, dice Binny. No. No ha sido un sueño. Había lobos en el parque en aquella época. ¿No te acuerdas? Los niños los torturabais. Uno de ellos se escapó, y se armó un lío tremendo.*

* * *

El duque no está en casa cuando Rachel llega a Pennington Hall. Su secretaria ya le ha advertido que es un hombre imprevisible, que pocas veces cumple con sus compromisos. Una prerrogativa de la riqueza y la excentricidad. Ha tardado ocho horas en coche desde Londres: atascos en los alrededores del aeropuerto y en la circunvalación del norte, un accidente al sur de Kendall, todos los carriles parados hasta que un helicóptero consiguió aterrizar en el arcén para rescatar al motorista destrozado. Como de costumbre, el tráfico es muy lento en las carreteras del interior del condado: caminos de grava y turistas que conducen con parsimonia. Un corrimiento de tierras en uno de los puertos ha obligado a cerrar la carretera, así que tiene que dar la vuelta en la barrera y seguir una ruta más larga, bordeando el lago, para aden-

trarse en los valles occidentales. Los páramos se elevan, con las laderas cubiertas de helechos muertos del color del óxido. Entre los helechos asoma el granito, las nubes se concentran abajo. Rachel pone los limpiaparabrisas en modo intermitente, pero la lluvia es demasiado fuerte o demasiado fina; las escobillas de goma chirrían y el cristal se vuelve borroso. El GPS calcula una vez más y le dice que dé la vuelta, que vuelva por donde ha venido. Rachel lo apaga y compra un mapa en la tienda de un pueblo. No conoce esta zona del distrito: su pueblo está al otro lado de las montañas.

Está agotada cuando llega a la verja de la finca, y tiene náuseas, por el *jet lag* y el café de gasolinera. Aun así, es capaz de apreciar la belleza del paisaje –los suaves tonos rojizos de los árboles en septiembre, la humedad, el brillo de la luz en los montes– y se fija en que el lago podría ser una buena frontera natural, si es que el condado siguiera siendo un territorio virgen. No lo es, desde que se talaron los bosques primigenios. La verja de la finca es de hierro forjado, muy elaborada, con un escudo de armas. Aparca al lado del portero automático, baja la ventanilla y respira. Páramos, turberas, helechos, agua y todo lo que el agua toca: la mirada del otoño. Rachel está acostumbrada al olor de la picea y la artemisa en Chief Joseph, a los vapores acres de la fábrica de papel, río abajo. Y reconoce de inmediato el aroma característico de Cumbria: las feromonas de las tierras altas.

Se estira para llamar al portero automático, pero las verjas ya empiezan a abrirse en silencio. La están observando por un circuito de vídeo. La avenida es larga, de gravilla recién extendida, flanqueada de robles. Pasa al lado de un árbol tan viejo y con la corteza tan gruesa que las ramas más bajas se doblan casi hasta rozar el suelo. Están sujetas con puntales, para sostenerlas. A un

lado de la avenida pacen varios corzos. Levantan la cabeza al oír el coche, pero no se mueven. La mansión de piedra roja parece parcheada y cubierta de sangre bajo la lluvia. La hiedra se enreda en la fachada, pero el edificio no tiene en absoluto un aspecto abandonado, a pesar de su tamaño y de su antigüedad. Las almenas están intactas, las ventanas son modernas y caras. Parece que Thomas Pennington no ha pasado momentos difíciles, no ha tenido que pagar impuestos desorbitados por su herencia. Salta a la vista que la mansión no ha sido víctima de los cambios democráticos, como tantos otros monstruos aristocráticos de las zonas rurales. Es posible que los jardines y la vivienda estén abiertos al público, o que en algún rincón del laberinto hayan abierto un lucrativo salón de té, que vendan bulbos y flores, que alquilen salones para celebrar bodas, lo de siempre. O puede que el duque haya sabido modernizar hábilmente sus negocios y tenga cuentas corrientes fuera del país. Rachel aparca al lado de la torre, junto a un MG azul y una furgoneta; sale del coche y se estira. El aire es húmedo y fresco. Se oye un clamor de grajos en los árboles más próximos. Da la impresión de que la montaña, al fondo, se hubiera construido con fines estéticos: la vista es de una belleza increíble.

La puerta principal es imponente, medieval, cubierta de remaches de hierro, a prueba de asedios. La flanquean dos leones sentados, con la melena salpicada de líquenes. No parece oportuno utilizar esta entrada, pero no hay otra, ningún cartel para los proveedores. Toca la campana, y al otro lado se oye un tañido de hierro. Aparece una mujer, de mediana edad, rellenita, con traje azul marino. Tiene el pelo caoba, no lleva joyas ni va maquillada, y el tono de la piel es como el de la rosa de invierno. Su aspecto es profundamente inglés, el de una

Inglaterra desaparecida hace setenta años. Le sentaría bien ir acompañada por una jauría de sabuesos, piensa Rachel, y llevar una escopeta encajada en el codo: es probable que en algún momento haya ofrecido esta imagen. La mujer se presenta como Honor Clark, secretaria del duque. Rachel le da la mano.

Siento mucho llegar tarde. El vuelo se retrasó. Nieve en Spokane. Estuvimos un buen rato parados en la pista: tuvieron que rociar el avión para protegerlo contra el hielo. Casi pierdo la conexión. Luego el viaje en coche... Espero que el duque no haya tenido que esperarme demasiado.

Sus disculpas son irrelevantes. El duque no está.

No sé dónde está, dice Honor Clark. Se ha llevado el Land Rover, y eso no es buena señal, aunque significa que no ha salido de la finca. Yo me voy dentro de media hora. ¿Quiere pasar?

Rachel mira el reloj.

Sí. Vale. Gracias.

Sigue a la mujer hasta un gran vestíbulo, bien caldeado, luego por un pasillo decorado con retratos de venados de Heaton Coopers y algunas obras abstractas de buen gusto. Honor Clark la lleva a un enorme salón amueblado con todo lujo de detalles: una butaca Bauhaus, vitrinas con cristalería, librerías y una inmensa chimenea de piedra. La chimenea no está encendida, pero la temperatura es agradable, no hay corrientes medievales. La secretaria levanta las manos, como si quisiera protegerse de algo.

Me temo que no puedo ofrecerle nada de cenar. Thomas tiene un acto público esta noche en Windermere y cenará fuera. Esta semana no tenemos invitados, y el chef está de permiso.

No se preocupe.

Como ya le he dicho, no creo que el duque pueda recibirla hoy.

De acuerdo. Pero teníamos una cita. Creo que debería esperar.

La secretaria asiente con la cabeza y baja las manos.

Dijo usted que no necesitaba un hotel, y no he reservado.

No. Me alojo con mi familia.

¿Es de por aquí? No le noto el acento local.

He estado fuera mucho tiempo.

Comprendo.

Honor Clark la invita a entrar en el salón, y Rachel se sienta en la *chaise longue*, al lado de la chimenea vacía. Seda china, en un estado casi perfecto. Tiene los pantalones muy arrugados. La etiqueta de la cinturilla le está rozando en la espalda, pero no ha podido cortarla, ni durante el vuelo ni en el trayecto en coche. Hace casi un año que no se ponía unos pantalones de vestir, desde que estuvo en la conferencia de Minnesota, donde pronunció el discurso principal, bebió demasiado en el bar del hotel, con Kyle y Oran, discutió con el presidente de la Organización Internacional para la Protección de las Ballenas, volvió a acostarse otra vez con Oran y se marchó un día antes de lo previsto. No exactamente avergonzada, más bien inquieta. En los bares y los restaurantes de Kamiah que frecuentan los trabajadores del centro de naturaleza los fines de semana, la etiqueta indumentaria para hombres y mujeres no pasa de los vaqueros y las botas. No se ha duchado desde que salió de Chief Joseph y ya no queda ni rastro del desodorante. Nunca ha estado en este ambiente social, en ningún país. Incluso sin tener en cuenta el cambio horario y el *déjà vu* de la vuelta a casa, la situación le resulta extrañísima. Honor Clark se acerca al aparador.

Muy bien. Póngase cómoda y descanse. ¿Le apetece un jerez?

Sí, gracias.

¿Dulce o seco?

Seco.

La secretaria coge una licorera de cristal tallado, la destapa y sirve un líquido viscoso, de color topacio. Rachel nota la complicada urdimbre de las alfombras debajo de los talones, con sus dibujos de ciruelas y cercetas. Seguro que cada alfombra vale varios miles de libras. La cabaña de Rachel en Chief Joseph solo tiene armarios de conglomerado y suelos de linóleo. Tazas de café de plástico, con el logo del centro desvaído. Toda su cabaña cabría, si no en esta amplia estancia con las paredes forradas de seda, sí en este rincón de la casa. Tiene la sensación de estar viviendo una especie de experimento dickensiano, solo que sin ropero de caridad ni ascenso social. Sus funciones aún están por definir. ¿Asesora? ¿Defensora? ¿Una especialista a la que se recurre de repente, en un momento de extravagante afición ecológica? Honor Clark le pone en la mano una delicada copa de jerez, en forma de campana. Luego se dirige a la puerta.

Pasaré por aquí antes de irme. Tengo que hacer unas llamadas de teléfono. Si llega el duque, le diré que está usted aquí. Pero, como le digo, es poco probable. ¿Estará bien mientras tanto?

Sí. Muy bien. Gracias.

Y la secretaria se retira, vuelve a los opulentos pasillos de la mansión, forrados de madera, a la cámara desde la que organiza las frustradas idas y venidas del duque. El sol se filtra a través de una nube y el salón se llena de la luz húmeda de la Región de los Lagos. Rachel saborea el jerez, seco y sorprendentemente agra-

dable. Sin la menor traza de sabor a polvo o a corcho mohoso. Apura la copa deprisa, se levanta y pasea por el salón.

La finca se extiende al otro lado de las altas ventanas, abarca muchos kilómetros. Es la finca privada más grande de Inglaterra. Se han vendido muy pocas hectáreas. En realidad ha ocurrido lo contrario. Thomas Pennington es el dueño de la mayoría de los bosques privados de la región y también de las granjas, en su mayor parte abandonadas, de todo menos de las tierras comunales. En el horizonte, los páramos azules se despliegan hacia los picos pelados. Al pie del césped inclinado, a la orilla del lago, hay una plataforma de madera para *reiki*, una de las aficiones modernas del duque, tal vez, sin duda menos peligrosa que la de pilotar ultraligeros, un hobby que estuvo a punto de costarle la vida, como es sabido, y que acabó con la de su mujer.

La superficie del lago refleja unas condiciones climáticas complicadas. En una isla, cerca de la orilla contraria, hay una casa de capricho, de piedra roja, una falsa réplica de la mansión, y hacia ella se dirige una diminuta barca de remos, trazando una suave uve en el agua opaca. La orilla occidental se encuentra a veintidós kilómetros, fea y nuclear. En alguna parte, detrás del bosque vestido de otoño, está el recinto cercado.

Han enviado a Rachel mapas de la finca. El argumento es sencillo en lo que se refiere al espacio: es uno de los pocos terrenos en los que el proyecto que se contempla puede ser viable. La nueva ley de cotos de caza permite al duque emprender su aventura. Sin duda habrá movido algunos hilos para conseguir la aprobación de esta ley. Están haciendo obras en la barrera. Parece que el dinero es ilimitado. Lo que el duque no tiene, lo que necesita es a Rachel: la experta local.